

nado publicase un manifiesto diciendo que los diputados votarían nuevas leyes orgánicas para el régimen del imperio, y 3.º Que interinamente se nombraría un gobierno provisional, del que formarían parte los diputados del reino de Polonia, á fin de tomar las disposiciones conducentes á la conservación de la unidad del Estado.» Si el emperador, antes de aceptar las trascritas condiciones, solicitase celebrar una entrevista con el zarewich, se le concedería, con el bien entendido que á los conspiradores y á los regimientos sublevados se les señalaría un acantonamiento fuera de la ciudad para acampar en él pese al invierno y esperar de esta suerte la llegada del zarewich, que encontraría reunidos los estados para presentarle una constitución redactada por Nikita Murawieff, y, si aceptaba, jurarlo, ó, de no, destituirlo. Si, lo que no creían los conjurados, el gran duque Constantino reprochaba la insurrección, entonces se daría como pretexto de ella el amor hacia su persona; y en cuanto á Nicolás, si se negaba á un arreglo sería arrestado junto con la familia imperial, y se decidiría su suerte según las circunstancias. En caso de salir mal el golpe, los conjurados evacuarían la ciudad y propagarían la insurrección.

El conde Alejo sólo había tomado parte en aquella discusión larga y ruidosa para hablar en contra de la mitad de las proposiciones y escuchar con indiferencia la otra mitad; pero no obstante su oposición y su silencio, habían sido aprobadas por mayoría de votos, y, adoptadas, dióse á entender que no le cabía otro remedio que seguir adelante como si las circunstancias le hubiesen ofrecido probabilidades de triunfo.

De éste parecían estar completamente seguros los demás conspiradores, que tenían puesta toda su confianza en el príncipe de Trubetskoi; y tan es así, que uno de ellos, Bulatoff, al salir y dirigiéndose al conde, exclamó con entusiasmo:—¿No es verdad que hemos

elegido un jefe admirable?—Sí, respondió Waninkoff, es de estatura muy aventajada.

Tal era el estado de ánimo del conde cuando se recogió y me encontró en su casa.

## XVI

Como lo que yo tenía que decir á Luisa no era para tranquilizarla, y, por otra parte, no desesperaba de que alguna circunstancia imprevista haría abortar la conspiración, me encaminé á mi casa, y ví de tomar algún descanso; pero tal era mi preocupación, que me desperté al amanecer, me vesti, y fuíme á la plaza del Senado, en la que reinaba la más completa tranquilidad.

Con todo eso los conjurados no habían perdido la noche. En virtud de los acuerdos tomados, cada cual se fué á su puesto, dirigido por Ryleyeff, que era el jefe militar, así como el príncipe de Trubetskoi lo era político. El teniente Arbutzoff tenía el encargo de sublevar á los marinos de la guardia; los dos hermanos Rodisco y el subteniente Gudimoff el regimiento de los guardias de Izmaïlowski; el príncipe de Stchepine Rostoffki, el segundo capitán Miguel Bestujeff, su hermano Alejandro y otros dos oficiales del regimiento, llamados Brock y Wolkoff, el regimiento de Moscou, y por último, el teniente Shutoff había respondido del primer regimiento de granaderos de la guardia. El conde Alejo negóse á desempeñar más papel que el de simple actor, prometiendo obrar como los demás; y como sabían que era hombre de palabra, y, sobre eso, no reclamaba representación alguna en el futuro gobierno, no tuvieron con él más exigencias.

Hasta las once permanecí, no en la plaza del Senado, pues hacía demasiado frío para que uno pudiese soportar el plantón, sino en casa de uno de tantos

vendedores de dulces y de vinos á que en San Petersburgo dan el nombre de *conditores*, y cuya tienda estaba situada al extremo de la Perspectiva, inmediata á la casa del banquero Cerclét. Era aquel un punto excelente para esperar en él noticias, primeramente porque daba á la plaza del Almirantazgo, y luego porque los *conditores* vienen á ser lo que los pasteleros de París. Ahora bien, como el dueño de la tienda en que yo entrara era el Félix de la localidad, continuamente tenía aquél la casa llena de compradores de todos los barrios de la capital. Hasta las once todas las noticias fueron satisfactorias; el general de la guardia y del estado mayor acababa de llegar á palacio, anunciando que los regimientos de caballería de la guardia, de los caballeros guardias, de Preobrajenski y Semonowskoi, los granaderos de Paulowski, los cazadores de la guardia, los de Finlandia y los ingenieros acababan de jurar. Cierto es que aun no se tenía noticia alguna de los demás regimientos, pero eso era debido indudablemente á que sus cuarteles estaban alejados del centro de la capital.

En la esperanza de que así transcurriría el día, y de que los conspiradores, conociendo lo peligroso de su proyecto, no intentarían cosa alguna, iba ya á retirarme á mi casa, cuando de pronto pasó á escape un ayudante de campo; indicio de que acababa de suceder algo inesperado. Inmediatamente los transeúntes volaron á la plaza, y yo con ellos, porque en verdad en el ambiente flotaba la vaga inquietud que precede á los grandes acontecimientos. En efecto, acababa de iniciarse la sublevación, pero con tal ímpetu, que era difícil predecir dónde se detendría.

El príncipe de Stchepine Rostoffski y los dos Bestujeff habían cumplido su palabra. A las nueve de la mañana se presentaron en los cuarteles del regimiento de Moscou, y dirigiéndose á las compañías 2.ª, 3.ª, 5.ª y 6.ª, que aquéllos sabían eran las más adictas al gran duque Constantino, el príncipe dijo á los solda-

dos que al exigirles el juramento los engañaban, y que muy al contrario de haber el gran duque renunciado á la corona, éste estaba preso por haber negado á su hermano la concesión de sus derechos. Luego tomó la palabra Alejandro Bestujeff, y dijo que acababa de llegar de Varsovia, y que el zarewich en persona le había encargado que se opusiese á la jura. El príncipe de Stchepine, al ver la honda impresión que tales nuevas causaban en el ánimo de los soldados, ordenó á éstos que se proveyesen de cartuchos con bala y que cargasen las armas. En esto el ayudante de campo Verighine, seguido del mayor general Fredricks, llegó al frente de un pelotón de granaderos, portadores de la bandera, é incitó á los oficiales á que pasasen á casa del coronel del regimiento. Stchepine, dándose á entender que había llegado la hora de obrar, ordenó á los soldados que repeliesen á culatazos á los granaderos y les quitasen la bandera, y al mismo tiempo se abalanzó al mayor general Fredricks, á quien Bestujeff por su parte amenazaba con una pistola, y de un cintarazo en la cabeza lo derribó al suelo; luego se revolvió contra el mayor general Schenschine, que al frente de la brigada acudía en auxilio de su compañero, y de una estocada dió con él en tierra. Hecho esto arremetió á los granaderos, é hirió sucesivamente al coronel Khwosschinski, al subteniente Musseieff y al granadero Krassoffski, acabando por apoderarse de la bandera, á la que agitó en el aire á los gritos de: ¡Hurra! ¡hurra! A las voces de Stchepine y á vista de la sangre, más de la mitad del regimiento respondió á los gritos de: ¡Viva Constantino! ¡abajo Nicolás! El príncipe, aprovechando aquel momento de entusiasmo, arrastró en pos de sí unos cuatrocientos hombres, y tambor batiente se encaminó á la plaza del Almirantazgo.

Al llegar á la puerta del palacio de Invierno el ayudante de campo portador de estas nuevas, topó con otro oficial procedente del cuartel de granaderos

de la guardia, y que asimismo era portador de noticias no menos desagradables. Al salir el regimiento para la jura, el subteniente Kojenikoff se puso á la vanguardia gritando: «¡No hay que jurar al gran duque Nicolás, sino al emperador Constantino!» Y cuando le dijeron que el zarewich había abdicado, prorrumpió: «¡Es falso! ¡es falso! el zarewich viene á San Petersburgo para castigar á los que han olvidado su deber y recompensar á los que le habrán sido fieles.»

A pesar de los gritos de Kojenikoff, el regimiento continuó adelante, juró, y, sin dar la más leve señal de insubordinación, regresó al cuartel, donde, á la hora del rancho, entró el teniente Suthoff, que jurara como los demás, y, dirigiéndose á su compañía, dijo con voz clara y vibrante:

—Amigos míos, hemos hecho mal en obedecer, los demás regimientos están sublevados, se han negado á jurar y ahora están en la plaza del Senado; vestíos, cargad vuestros fusiles, y adelante, seguidme. En mi faltriquera traigo vuestra paga, y os la distribuiré sin esperar la orden.—¿Es realmente cierto lo que nos decís? preguntaron algunos.—Aquí está el teniente Panoff, como yo amigo vuestro: interrogadle.—Amigos míos, dijo Panoff sin esperar que lo interrogasen, ya sabéis que Constantino es vuestro único y legítimo emperador y que quieren destronarlo. ¡Viva Constantino!—¡Viva Constantino! clamaron los soldados.—¡Viva Nicolás! respondió el coronel Sturler, jefe del regimiento, entrando disparado en el comedor. Os engañan, amigos míos, el zarewich ha abdicado, y no tenéis más emperador que el gran duque Nicolás. ¡Viva Nicolás I!—¡Viva Constantino! repitieron los soldados.—Os engañáis, os extravian, gritó Sturler.—No me abandonéis, seguidme, repuso Panoff; unámonos á los que defienden á Constantino. ¡Viva Constantino!—¡Viva Constantino! gritaron casi todos los soldados.—¡Al Almirantazgo! ¡al Almirantazgo! dijo

Panoff desenvainando su espada; ¡seguidme, amigos míos, seguidme!

Tras estas palabras, Panoff salió del cuartel seguido de unos doscientos hombres que, como él, daban desaforados *hurras*, y, como el regimiento de Moscou, se dirigieron, aunque por distinta calle, hacia la plaza del Almirantazgo.

Mientras trasmitían al emperador las dos noticias de que va hecha mención, el gobernador militar de San Petersburgo, el conde de Milarodowich, acudía á la vez al alcázar. El conde ya conocía la rebelión del regimiento de Moscou y de los granaderos de la guardia, y en su consecuencia había ordenado á las tropas con las cuales creía poder contar que se encaminasen al palacio de Invierno; dichas tropas eran el primer batallón del regimiento de Preobrajenski, tres regimientos de la guardia de Paulowski y el batallón de ingenieros de la guardia.

El emperador vió entonces que la sublevación era más grave de lo que él creyera al principio. En consecuencia dispuso que al mayor general Niedhart llevase al regimiento de la guardia de Semomowski la orden de ir á someter inmediatamente á los amotinados, y á la caballería de la guardia la de estar pronta á la primera que de salir se le trasmitiese; luego bajó al cuerpo de guardia principal del palacio de Invierno, donde estaba de servicio el regimiento de la guardia de Finlandia, y le ordenó que cargase los fusiles y se posesionase de los principales afluentes del palacio. En esto se oyó un grande alboroto: promovianlo las compañías 3.<sup>a</sup> y 6.<sup>a</sup> del regimiento de Moscou, guiadas por el príncipe Stchepine y ambos Bestujeff, que llegaban con la bandera desplegada y tambor batiente, gritando: «¡Abajo Nicolás! ¡viva Constantino!» Las compañías desembocaron en la plaza del Almirantazgo; pero una vez en ella, ya fuese que no se considerasen bastante fuertes, ya que cejasen ante la majestad imperial, es lo cierto que en vez

de encaminarse al palacio de Invierno, fueron á alinearse junto á las paredes del Senado, donde casi inmediatamente después se les unieron los granaderos y unos cincuenta hombres con casaca, algunos de ellos armados de pistolas.

En esto ví parecer bajo una de las bóvedas de palacio al emperador, el cual, más pálido que no solía, pero al parecer completamente tranquilo, se acercó á la verja y lanzó una mirada á los sublevados. Decían que Nicolás, para estar pronto á morir como emperador y como cristiano, se había confesado y despedido de su familia.

Mientras tenía yo puestos los ojos en Nicolás, á mis espaldas y en dirección al palacio de mármol oí resonar el galope de un escuadrón de coraceros que avanzaba al mando del conde de Orloff, uno de los amigos más bravos y fieles del emperador y ante el cual se abrió la verja del palacio de Invierno. Orloff se apeó, y el escuadrón se puso en fila delante del palacio; poco después se oyeron los tambores de los granaderos de Preobrajenski, que llegaban por batallones y entraron en el patio del alcázar, donde encontraron al emperador en compañía de la emperatriz y del gran duque Alejandro. Tras los granaderos parecieron los caballeros guardias, en medio de los cuales ví al conde Alejo Waninkoff; éstos se alinearon formando ángulo con los coraceros, y dejando entre sí un intervalo que á no tardar llenó la artillería.

Por su parte los regimientos sublevados dejaban tomar todas estas disposiciones con indiferencia aparente y sin oponerse á ellas más que con los gritos de: «¡Viva Constantino! ¡abajo Nicolás!» Era evidente que esperaban refuerzos.

Los mensajeros enviados por el gran duque Miguel se sucedían en palacio, donde el emperador organizaba su defensa y la de su familia, mientras él recorría los cuarteles y con su presencia combatía la rebelión. Ya se habían hecho sobre el particular algunas

tentativas felices; en el instante en que el resto del regimiento de Moscou se disponía á seguir á las dos compañías sublevadas, el conde de Lieven, hermano de uno de mis discípulos, capitán de la 5.<sup>a</sup> compañía, llegó á tiempo para impedir que el batallón saliera y hacer cerrar las puertas. Lieven se puso entonces al frente de los soldados, y bajo la fe de su palabra amenazó atravesar con su espada al primero que se moviese. Al oír esta amenaza, un joven subteniente se adelantó pistola en mano, y, apuntándola á quema ropa á Lieven, lo amenazó á la vez con levantarle la tapa de los sesos. El conde respondió al subteniente dándole con la empuñadura de su espada un golpe que le hizo caer la pistola; pero el subteniente la recogió y volvió con ella á apuntar al conde, que ahora cruzó los brazos y avanzó en derechura á su amenazador, mientras el regimiento, inmóvil y silencioso, presenciaba como testigo aquel duelo singular. El subteniente retrocedió algunos pasos, seguido de Lieven, que le presentaba el pecho como retándolo; pero al fin se detuvo é hizo fuego. Por milagro sólo ardió el cebo. En esto llamaron á la puerta.

—¿Quién hay? preguntaron algunos.—Su alteza imperial el gran duque Miguel, respondieron desde la calle.

A las palabras del príncipe siguió un instante de estupor, durante el cual el conde de Lieven se adelantó hacia la puerta y la abrió de par en par sin que nadie intentase detenerlo.

El gran duque entró á caballo seguido de algunos oficiales de órdenes, y dijo:—¿Qué significa esta inacción en el momento del peligro? ¿estoy en medio de traidores ó de soldados leales?—Estáis en medio de vuestro regimiento más fiel, señor, respondió Lieven, y ahora mismo va á ver vuestra alteza la prueba. Y levantando su espada, gritó: ¡Viva el emperador Nicolás!—¡Viva! respondieron á una los soldados.

Hizo entonces el joven subteniente ademán de ha-

blar, pero el conde de Lieven lo detuvo por el brazo, y le dijo:—Silencio, caballero. De cuanto ha pasado no diré palabra; no sea V. mismo causa de su pérdida.—Lieven, repuso el gran duque, os confío el regimiento.—Respondo de él con mi vida, señor, profirió el conde.

El gran duque continuó su camino, y en todas partes encontró, si no entusiasmo, á lo menos obediencia. Las noticias, pues, eran buenas. En efecto, de todas partes iban escalonándose los refuerzos; los ingenieros estaban formados en orden de batalla delante del palacio del Retiro, y el resto del regimiento de Moscou, al mando de Lieven, desembocaba por la calle ó Perspectiva de Niuski. La aparición de estas tropas arrancó grandes exclamaciones á los sublevados, que vieron en ellas el esperado socorro; pero sin tardanza sufrieron un desengaño. Los recién venidos se alinearon delante del palacio de Justicia, de cara al alcázar, y, junto con los coraceros, la artillería y los caballeros guardias, encerraron á los sublevados en un círculo de hierro. Poco después oyéronse los cantos de los sacerdotes; era el metropolitano que, seguido de todo su clero, salía de la iglesia de Kasán, y, precedido de los santos pendones, venía á ordenar en nombre de Dios á los sublevados que se redujesen á su deber. Pero, quizá por la primera vez, los soldados menospreciaron, en su irreligión política, las imágenes que estaban acostumbrados á adorar, y dijeron á los sacerdotes que no se metieran en las cosas de la tierra, sino únicamente en las del cielo. El metropolitano iba á insistir, cuando por orden del emperador un ayudante de campo le intimó que se retirase; Nicolás quería intentar personalmente el postrer esfuerzo para volver á la buena vía á los rebeldes.

Los que rodeaban al emperador se esforzaron en disuadirlo de su empeño, pero el monarca respondió que, pues jugaba su partido, era justo que en el juego

interesase su vida. En consecuencia, Nicolás mandó abrir la verja, pero á punto que el gran duque Miguel llegaba á escape. El príncipe se acercó al emperador, le dijo en voz baja que parte del regimiento de Preobrajenski, de que estaba rodeado, hacia causa común con los sublevados, y que el príncipe de Trubetskoi, del que con extrañeza el emperador notara la ausencia, era el jefe de la conspiración. Lo cual era tanto más posible, cuanto, veinticuatro años hacía, aquel era el regimiento que había custodiado los afluentes del palacio Rojo mientras el príncipe de Talitzin, su coronel, ahogaba al emperador Pablo I.

Sin embargo de lo terrible de la situación, Nicolás no varió el semblante, pero echóse de ver que tomaba una resolución extrema.

—Que venga el joven gran duque, dijo poco después el emperador volviéndose hacia uno de sus generales.

A poco el general bajó con el niño.

Nicolás levantó en brazos á su hijo, y adelantándose hacia los granaderos, dijo: «Soldados, si perezco en la lucha, ahí vuestro emperador: abrid las filas, lo confío á vuestra lealtad.»

Estas palabras fueron acogidas con un prolongado hurra, grito de entusiasmo partido de lo más hondo del corazón; los culpados fueron los primeros que bajaron las armas y abrieron los brazos. El niño fué llevado en medio del regimiento y puesto bajo la misma guardia que la bandera, mientras el emperador montaba á caballo y se disponía á salir del alcázar.

—Señor, dijeron los generales á Nicolás al llegar éste á la puerta, no vaya vuestra majestad más allá; los sublevados han dicho en alta voz que querían matar al emperador, y todos llevan los fusiles cargados.

Pero el monarca hizo con la mano seña de que le dejasen libre el paso, y después de prohibir que persona alguna lo siguiese, avanzó al galope hacia los

sublevados, se detuvo ante ellos á medio tiro de pistola, y dijo con voz potente:

—¡Soldados! hanme dicho que queríais matarme; si esto es cierto, heme aquí.

Reinó un instante de silencio, durante el cual el emperador permaneció inmóvil entre dos bandos, semejante á una estatua ecuestre. Dos veces salió de las filas de los sublevados la palabra: ¡Fuego! sin que tal orden fuese ejecutada, pero á la tercera vez fué seguida de algunos fusilazos. Las balas silbaron en torno del emperador, dejándolo incólume, y fueron á herir, á cien pasos tras él, al coronel Velho y á algunos soldados.

Miladorowich y el gran duque Miguel se lanzaron al encuentro del emperador y se pusieron uno á cada lado de él, mientras el regimiento de coraceros y el de los caballeros guardias hacían una evolución y los artilleros acercaban las mechas al fogón.

—¡Alto! gritó el emperador á sus soldados, que obedecieron. Y volviéndose hacia Milarodowich, añadió: General, hable V. á esos desventurados, y vea de reducirlos á la obediencia.

Milarodowich y el gran duque Miguel se adelantaron hacia los sublevados, que los recibieron con una nueva descarga y á los gritos de: *¡Viva Constantino!*

—¡Soldados! dijo con voz vibrante Milarodowich, alzando sobre su cabeza un magnífico sable turco cuajado de pedrería, y avanzando hasta las filas de los rebeldes, este sable me lo dió su alteza imperial el zarewich; pues bien, por mi honor y puesta sobre él la mano os juro que os engañan, que el zarewich ha renunciado á la corona, y que vuestro único y legítimo soberano es el emperador Nicolás I.

*Hurras* y vivas á Constantino respondieron á estas palabras, y en medio de los vivas y los *hurras* se oyó un pistoletazo, cuya bala dió en Milarodowich, que se tambaleó; al mismo tiempo otra pistola apuntó al gran duque Miguel, pero los soldados de marina,

aunque también sublevados, detuvieron el brazo del asesino.

En un segundo, el conde de Orloff y sus coraceros, despreciando las descargas sucesivas de los sublevados, envolvieron en sus filas al conde de Milarodowich, al gran duque y al emperador, y á la fuerza los condujeron á palacio.

Milarodowich, que se sostenía penosamente á caballo, al llegar al alcázar cayó en los brazos de los que lo rodeaban.

Nicolás estaba empeñado en que se intentase un postrer esfuerzo para reducir á los sublevados á la obediencia; pero mientras á este fin daba las oportunas órdenes, el gran duque Miguel se apeó, adelantóse hacia los artilleros, arrancó de manos de uno de ellos la mecha, y acercándola al fogón de una de las piezas, gritó: «¡Fuego en los asesinos!»

A una partieron cuatro cañonazos, y la metralla devolvió con usura á los rebeldes la muerte que habían dado; luego y sin que fuese posible oír las órdenes del emperador, resonó otra descarga.

Terrible fué el efecto de las dos ráfagas de metralla enviadas á medio tiro de fusil. Entre granaderos del regimiento de Moscou y marinos de la guardia quedaron más de sesenta hombres en el sitio; los demás emprendieron inmediatamente la fuga por la calle de Galernaia, por el malecón Inglés, por el puente de Isaac y por el Neva, que estaba helado, perseguidos por los caballeros guardias. En la plaza no quedó más que un sublevado, uno solo, que dejó que el regimiento se alejase, y que apeándose y dejando que su caballo tomase el camino que mejor le pareciese, se acercó al conde de Orloff y le entregó su sable.

—¿Qué hace V., conde? preguntó lleno de admiración el general; ¿por qué me entrega V. su sable en vez de servirse de él contra los sublevados?—Porque era yo uno de los conspiradores, señor, y como tarde ó temprano me denunciarían y me reducirían á pri-

sión, prefiero denunciarme á mí mismo.—A ver, dos números, dijo Orloff volviéndose hacia los coraceros; aten al conde Alejo Waninkoff y llévenlo á la ciudadela.

Cumplida inmediatamente la orden, ví al conde atravesar el puente del Moika y desaparecer tras la esquina de la embajada de Francia.

Entonces pensé en Luisa, de quien ahora era yo el único amigo, y en medio del tumulto me encaminé á la Perspectiva, llegando tan triste y descolorido á casa de mi pobre compatriota, que ésta, al verme, conociendo claramente que era portador de funestísima nueva, y salió á mi encuentro.

—Por Dios, ¿qué pasa? me preguntó Luisa enclavijando las manos.—Pasa, respondí, que sólo puede usted esperar en un milagro ó en la misericordia del emperador.

Tras estas palabras referí á mi amiga lo ocurrido á mi presencia en la plaza del Almirantazgo, y le entregué la carta de Waninkoff, carta que, como yo sospechaba, era la despedida del conde.

Aquella misma tarde Milarodowich pereció de resultas de su herida; pero antes de morir exigió que el cirujano extrajese la bala; terminada la operación, cogió el conde el pedazo de plomo, y al ver que no era de calibre, dijo:—Estoy contento, no es la bala de un soldado.

Cinco minutos después Milarodowich espiró.

A las nueve de la mañana del siguiente día, esto es en el instante en que la vida empieza á despertarse en la ciudad, y cuando todos ignoraban todavía si la revuelta de la víspera estaba apaciguada ó iba á renovarse, el emperador bajó sin acompañamiento y sin guardias, dando la mano á la emperatriz, y, subiéndose á un droschki que aguardaba á la puerta del palacio de Invierno, recorrió las calles de San Petersburgo, y pasó por delante de todos los cuarteles, ofreciéndose á las asechanzas de sus asesinos, si es

que todavía quedaba alguno. Pero en todas partes no oyó más que gritos de alegría, lanzados desde lo más lejos que veían las ondulantes plumas de su sombrero. Sin embargo, al pasar por la Perspectiva y en dirección á palacio, después de haber ruado tan temeraria como felizmente, vió á una mujer salir de su casa con un papel en la mano y venir á arrodillarse en su camino, de modo que se viese obligado á desviar su trineo ó á atropellarla. Al llegar junto á ella, el cochero detuvo repentinamente el droschki con la habilidad propia de los rusos en dominar sus caballos. La mujer, deshecha en llanto y con la garganta anudada, agitó entonces con las pocas fuerzas que le quedaban y sollozando el papel que tenía en la mano. Tal vez el emperador iba á continuar su camino, pero al ver que la emperatriz lo miraba dejando vagar por sus labios su sonrisa de ángel, tomó el papel, que sólo contenía estas palabras trazadas apresuradamente y todavía humedecidas por las lágrimas:

«Señor:

»Gracia para el conde de Waninkoff: por lo que más ama Vuestra Majestad, gracia... gracia.»

El emperador buscó la firma, pero en vano; no la había. Entonces se volvió hacia la desconocida y le preguntó:—¿Es V. hermana de Waninkoff? Y al ver que la suplicante movía con tristeza y á una y otra parte la cabeza, añadió: ¿Es V. su esposa?—No, respondió Luisa por medio de una seña. —¿Quién es usted pues? preguntó el emperador haciendo un ligero ademán de impaciencia.—¡Ay! exclamó Luisa recobrando el habla, dentro de siete meses seré madre de su hijo. —¡Pobre muchacha! dijo Nicolás; y haciendo una seña al cochero, anudó su camino al galope, llevándose la súplica, pero sin dejar á la pobre desconsolada otra esperanza que las dos palabras de compasión que vertieran sus labios.

## XVII

Los días siguientes fueron empleados en hacer desaparecer hasta la última señal del terrible motín del que las ametralladas paredes del senado conservaban aún la ensangrentada huella.

Durante la tarde y la noche de la revuelta cayeron en manos de la policía los principales conjurados, que eran el príncipe de Trubetskoi, el diarista Ryelyeff, el príncipe de Obolinski, el capitán Jacobowith, el teniente Kakowski, los segundos capitanes Stchepine Rotoffski y Bestujeff, otro Bestujeff, ayudante de campo del duque Alejandro de Wurtemberg, y otros, hasta sesenta ú ochenta, más ó menos culpados de obra ó de pensamiento. A los nombrados hay que agregar á Waninkoff que, como hemos dicho, se entregó espontáneamente, y al coronel Bulatoff, que siguió el ejemplo de aquél.

Por singular coincidencia y según órdenes salidas de Taganrog, Pestel fué preso en el mediodía de Rusia el mismo día del motín de San Petersburgo.

Sergio y Apóstol Murawieff, que habían conseguido salvarse y sublevar seis compañías del regimiento de Tchernigoff, fueron alcanzados por el teniente general Roth en las cercanías del pueblo de Pulogoff, distrito de Wasilkoff. Tras una resistencia desesperada, uno de los dos intentó suicidarse de un pistoletazo, pero no lo consiguió; el otro cayó en poder de sus perseguidores después de haber sido gravemente herido en el costado por un proyectil de metralla y en la cabeza por un sablazo.

Todos los prisioneros, fuere cual fuese el punto del imperio en que los hubiesen cogido, fueron llevados á San Petersburgo, y una Comisión nombrada por el emperador y compuesta por el ministro de la guerra Ta-

tischeff, el gran duque Miguel, el príncipe de Galitzín, consejero privado, Golenitcheff Kotusoff, que había reemplazado al conde de Milarodowich en el gobierno militar de San Petersburgo, Tchernycheff, Benkendorff, Levacheff y Potapoff, los cuatro ayudantes de campo generales, empezaron la instrucción con imparcialidad de que sus nombres salían garantes, pero á la chita callando, sin que se traspirase cosa alguna, como es uso en San Petersburgo. Más aun, y es extraordinario, desde el día siguiente al en que se anunció oficialmente que todos los traidores habían sido presos, dejó de hablarse de ellos como si nunca hubiesen existido ó hubiesen venido al mundo aislados y sin familia; ni una casa cerró sus puertas en señal de viudez, ni una frente se veló de tristeza en demostración de luto; todo siguió como si tal cosa. Únicamente Luisa dió el paso de que va hecha mención y que tal vez no tenía precedente en los recuerdos moscovitas; y sin embargo,—á lo menos así lo presumo,—todos presentían como yo en lo íntimo del corazón, que á no tardar se difundiría una nueva terrible, pues la conspiración era flagrante, homicidas las intenciones de los conspiradores, y aunque notoria la bondad natural del emperador, echábase de ver que éste no podría hacer extensivo su perdón á todos: la sangre clamaba sangre.

De tiempo en tiempo, y cual sombría vislumbre, atravesaba aquella oscuridad un rayo de esperanza, y daba una nueva prueba de las indulgentes disposiciones del monarca. En la lista que de los conjurados le presentarán, Nicolás leyó un nombre estimado en toda Rusia, el de Suwarow. En efecto, el nieto del duro vencedor del Trebeia era uno de los conspiradores. El emperador, al llegar á él, se detuvo, y tras un instante de silencio, dijo como hablando consigo mismo: «Es menester que un apellido tan ilustre no sea mancillado.» Y volviéndose hacia el gran maestro de policía, que le había presentado la lista, agre-

gó: «Yo me encargo de interrogar al teniente Suwarow.»

Al día siguiente, el joven fué conducido á presencia de Nicolás, á quien esperaba encontrar irritado y amenazador, y al que, al contrario, encontró sosegado y con la bondad pintada en el rostro. A las primeras palabras del zar el culpado echó de ver fácilmente porqué enviaran por él. Todas las preguntas del soberano, preparadas con paternal solicitud, estaban dispuestas de modo que el acusado no pudiese sustraerse á la absolucíon. Efectivamente, á cada una de las interrogaciones imperiales, á las cuales Suwarow sólo tenía que responder sí ó no, Nicolás se volvía hacia aquellos á quienes había convocado para que asistiesen á aquella escena, y exclamaba: «Ya veis que se cumple lo que os dije, señores; un Suwarow no puede ser rebelde.» Y Suwarow fué puesto en libertad, reincorporado á su regimiento, y á los pocos días ascendido á capitán.

Pero no todos los acusados se llamaban Suwarow, y por más que me esforcé en inspirar á mi pobre compatriota una esperanza que yo estaba muy lejos de alentar, el dolor de Luisa era indecible. Desde el día del arresto de Waninkóff, la desdichada abandonó en absoluto las atenciones usuales de su vida pasada, y, retirada en el saloncito que se aparejara ella misma en la trastienda, pasaba en él las horas con la frente en las manos, llorando silenciosamente, y abriendo la boca sólo para preguntar á los que, como yo, eran admitidos en aquel pequeño retiro: «¿Ustedes creen que lo matarán?» Luego y sin parar mientes en lo que le respondían, agregaba: «¡Ah! ¡como yo no estuviese en cinta!»

Así pasaba el tiempo sin que traspasase lo más mínimo la suerte reservada á los acusados. La comisión nombrada al efecto continuaba su labor en medio del misterio, y si bien se presentía el próximo desenlace de la sangrienta tragedia, nadie podía decir cuál sería aquél, ni cuándo ocurriría.

En esto sobrevinieron dos incidentes que ayudaron á los habitantes de San Petersburgo á olvidar, pasajeramente á lo menos, la catástrofe del mes de diciembre: el uno fué la embajada extraordinaria enviada por Francia y conducida por el duque de Ragusa, el otro la llegada del cadáver de la emperatriz Isabel, que hizo buena su palabra, pues sólo sobrevivió cuatro meses á Alejandro. La embajada llegó á primeros de mayo, y el féretro á principios de junio. Avisóme la primera ceremonia una carta de un mi antiguo discípulo agregado á la embajada, y la segunda un cañonazo disparado en la ciudadela. Como mi amistad por Luisa y el interés que me inspiraba el conde me tenían incesantemente alerta, de buenas á primeras creí que el cañonazo era nuncio de otra cosa muy distinta, y me bajé apresuradamente á la calle para informarme de lo que ocurría. En esto se oyó otro cañonazo, y como ví correr á la gente hacia el Neva, hice como los demás, y durante el camino supe el porqué de los cañonazos.

Cuando llegué al malecón había en él una muchedumbre tan compacta, que comprendí que de quedarme allí no me sería posible ver cosa alguna. Así pues alquilé un bote, y me detuve en medio del río para ver pasar el cortejo fúnebre, que para llegar á la ciudadela tenía que atravesar el larguísimo puente de barcas que une el Campo de Marte con la ciudadela.

Hacia poco que todas las campanas de la ciudad, lanzadas al vuelo, confundían sus sonidos con el roncarse de la artillería.

Al frente del fúnebre cortejo iba un maestro de ceremonias á caballo, que en señal de luto llevaba una faja de crespón negro y blanco, luego seguían una compañía de los guardias de Preobrajenski, un oficial de las caballerizas imperiales, un funcionario de la corte, que, también en señal de luto, ostentaba un enorme sombrero calado hasta las cejas y una capa negra que le envolvía ambos hombros; los timbale-

ros y los trompetas de los caballeros guardias y de los guardias montados, cuarenta criados á pie, cuatro caballos de silla, ocho ayudas de cámara, cuatro oficiales de la corte y veinte pajes acompañados de su ayo, que cerraban la primera sección. La sección segunda componíanla: sesenta y dos banderas enlutadas con los escudos de armas de las diferentes provincias del imperio, llevadas cada una por un oficial á quien servían de asistentes otros dos oficiales, y en medio de las cuales sobresalía el estandarte de seda negra con el escudo de Rusia, seguido de un hombre de armas cubierto de una armadura negra y empuñando una espada desenvainada y con la punta hacia abajo; doce húsares de la guardia al mando de un oficial, una carroza de gala rematada en la corona imperial, con sendos lacayos á las portezuelas y arrastrada por ocho caballos magníficamente enjaezados y llevados del diestro por ocho palafreneros, y cuatro palafreneros montados. Era una aparición que por última vez hacían las pompas de la tierra en medio de los lúgubres atributos de la muerte.

El cortejo recobraba inmediatamente después de la sección segunda su aspecto fúnebre. En efecto, á ésta seguía una confusa multitud de capas negras y de crespones luctuosos que iban delante de los escudos de armas del gran ducado de Baden, del Schleswig Holstein, de Tauride, Siberia, Finlandia, Astracán, Kasán, Polonia, Novogorod, Kiew, Vladimir y Moscou llevados por oficiales escoltados á derecha y á izquierda por otros dos oficiales; luego seguía el grande escudo de armas del imperio, precedido de cuatro generales y llevado por dos mayores generales, dos coroneles y dos oficiales superiores.

Tras los representantes del poder imperial y los del ejército, y conducidos por el maestro de ceremonias, venían los diputados de las diferentes corporaciones de los burgueses, de los mercaderes y de los cocheros, cada una de ellas precedida de un pequeño estan-

darte en el cual estaban pintados ó bordados los distintivos de la profesión ejercida por los que la componían.

En pos seguían las sociedades ó corporaciones como la compañía ruso-americana, la compañía económica, la junta de cárceles, la sociedad filantrópica, y los empleados de la Biblioteca pública imperial, de la Universidad de San Petersburgo, y de las Academias de artes y de ciencias; luego venían los generales, los ayudantes de campo generales, los ayudantes de campo del emperador, los secretarios de Estado, los senadores, los ministros, los individuos del consejo del imperio, los discípulos de las colonias industriales y de las escuelas protegidas por la difunta emperatriz, dos heraldos de armas enlutados, las órdenes extranjeras, las de Rusia, y la corona imperial llevada en almohadones de brocado de oro. Venían luego tres imágenes, llevadas, una de ellas por el confesor de la emperatriz y las otras dos por archidiaconos y presbíteros, el coche fúnebre con el cadáver de la soberana, cubierto por un dosel cuyas varas, cordones y borlas las llevaban chambelanes. A uno y otro lado del coche mortuorio y envueltas en largos velos iban las damas de la orden de Santa Catalina y las camaristas que habían seguido á la emperatriz en su último viaje, y que, fieles hasta la muerte, la acompañaban á su postrera morada. Sesenta pajes con sendos cirios encendidos envolvían con un círculo de fuego el fúnebre coche, cuyos caballos eran llevados del diestro por altos empleados.

Finalmente venía el emperador, ostentando capa de luto y sombrero de alas caídas; Nicolás llevaba á la derecha al gran duque Miguel, y tras él y á corta distancia avanzaban el jefe del estado mayor general, el ministro de la guerra, el general cuartel maestre, el general de servicio, otros muchos generales, veinticuatro abanderados de la guardia formados en dos filas en cuyo centro iba el coche de luto con la empe-

ratriz y el gran duque Alejandro, heredero de la corona; luego seguían á pie el gran duque de Wurtemberg, sus dos hijos y su hija con las dos reinas de Imireti y la regente de Mingrelia, y las mujeres que compusieran la servidumbre de la difunta emperatriz, cerrando la marcha una compañía del regimiento de Semonowski.

La comitiva empleó hora y media en atravesar el puente, tan numerosa era y con tanta pausa caminaba. Luego la inmensa fila desapareció en la ciudadela, en la que entró en tropel el pueblo para presenciar los postreros tributos rendidos á aquella á quien por espacio de veinte años mirara como una intermediaria entre la tierra y el cielo.

Al volverme á casa de Luisa encontré á ésta muy conmovida. Como yo, mi compatriota ignoraba que hubiese de celebrarse la ceremonia religiosa de que acabo de hablar, y al oír los primeros cañonazos y el clamoreo de las campanas, dióse á entender que era la señal de la ejecución.

Con todo eso Gorgoli, que continuaba tratándome con la mayor finura, hábame tranquilizado á menudo, diciéndome que algunos días antes se haría público el fallo, y que de este modo nos quedaría tiempo de impetrar la gracia del emperador si la sentencia condenaba á muerte á nuestro desventurado amigo Waninkoff. En efecto, el 14 de julio pareció la «Gaceta de San Petersburgo» con el informe de la audiencia dirigido al soberano, informe en el cual los jueces distribuían los diferentes grados de la participación en la conjura en tres clases de crímenes, cuyo objeto era *desquiciar el imperio, derribar las leyes fundamentales del Estado y destruir el orden establecido*.

Treinta y seis, entre ellos Waninkoff, eran los condenados á muerte por el tribunal, y los demás á las minas y al destierro. Pero en pos de la justicia venía la clemencia: á treinta y uno de los condenados á la

última pena se les conmutaba ésta en destierro perpetuo, y Waninkoff era uno de ellos. Únicamente tenían que recibir la muerte cinco de los culpados: Ryleyeff, Bestujeff, Miguel Serge, Murawieff y Pestel.

Con el periódico en la mano me salí de mi casa como un loco, y reprimiendo á duras penas mis tentaciones de detener á cuantos pasaban para hacerles partícipes de mi alegría, llegué jadeante á casa de Luisa, á la que encontré con un número de la «Gaceta» igual al mío en la mano. Mi amiga, al verme, me echó los brazos al cuello, toda llorosa y sin poder articular más que estas palabras: «¡Está salvado! ¡Dios bendiga al emperador!»

En nuestro egoísmo habíamos olvidado á los que iban á morir, y que también tenían familia, amantes y amigos. El primer impulso de Luisa fué pensar en la madre y en las hermanas de Waninkoff, á quienes, como recordará el lector, aquélla conocía por haberlas visto cuando estuvieron en San Petersburgo. Las infelices ignoraban todavía que su hijo y hermano respectivo no moría, lo que en tales circunstancias lo es todo, pues de las minas y de Siberia se vuelve, pero no de la tumba.

Entonces Luisa tuvo una idea, una de esas ideas que sólo se les ocurre á las hermanas y á las madres: calculó que la gaceta que contenía la venturosa nueva no partiría de San Petersburgo hasta la salida del correo de la tarde, y que, por consiguiente, llegaría á Moscou con un retraso de doce horas.—Dígame, amigo mío, me preguntó mi compatriota, ¿conoce V. á algún mensajero que consintiese en partir sin dilación para llevar esta gaceta á la madre de Waninkoff?—Tengo un ayuda de cámara ruso, y por ende honrado, inteligente y fiel, respondí; si V. quiere se lo ofrezco.—Acepto, acepto, repuso Luisa.

No faltaba sino sacar el pasaporte; pero gracias á la siempre activa y benévola protección de Gorgoli, media hora después lo obtuve, y Gregorio partió lle-

vando la venturosa nueva y mil rublos en el bolsillo para gastos de viaje.

Gregorio se anticipó catorce horas al correo, lo cual quiere decir que una madre y dos hermanas supieron catorce horas antes que no habían de saberlo, que todavía tenían un hijo y un hermano.

Mi ayuda de cámara regresó trayendo una de esas cartas escritas con una pluma arrancada de las alas de un ángel: la anciana condesa daba título de hija á mi paisana, y las hermanas de Alejo la apellidaban su hermana, y las tres solicitaban por favor que les enviase un correo el día que ejecutasen á los reos y saliesen para su destierro los demás. En consecuencia dije á Gregorio que estuviese preparado para emprender nuevamente el camino de Moscou, y como tales viajes le eran muy beneficiosos, no se lo hizo repetir dos veces. ¿Ni cómo tenía que hacerse el sordo? La madre de Waninkoff le había dado mil rublos, por manera que del primer viaje le quedó una fortunita al muchacho, que esperaba doblarla al segundo.

Como nadie sabía el día de la ejecución por no haberlo el tribunal fijado previamente, todas las mañanas la ciudad se despertaba en la creencia de que todo había concluido para los cinco reos de muerte; y es que la idea de un suplicio mortal impresionaba tanto más los ánimos, cuanto hacía sesenta años que en San Petersburgo no se había ejecutado á persona alguna.

Pasaban los días, y admirábanse todos del intervalo que separaba una de otra la sentencia y la ejecución. Había sido menester el tiempo de hacer venir de Alemania á los verdugos.

Por fin el 23 de julio vino á verme un joven francés, antiguo discípulo mío, que, como dije, era agregado de la embajada del mariscal Marmont, y á quien rogara con frecuencia me tuviese al corriente de las noticias que, por su representación diplomática, podía saber antes que yo.

--¿Qué novedades ocurren? pregunté á mi paisano. —El mariscal Marmont y su séquito, me respondió, acaban de recibir del señor de La Ferronnays un recado incitándoles á que mañana por la mañana, á las cuatro, vayan al palacio de la embajada francesa.

Ahora bien, como las ventanas del palacio de la embajada francesa miraban á la ciudadela, no cabía duda alguna, La Ferronnays había enviado recado al mariscal y á los suyos para que éstos presenciasen la ejecución.

Para hacerla sabedora de la nueva, me fuí inmediatamente á casa de Luisa, que al escucharme sintió renacer todos sus temores. —¿No ha habido error, decía mi triste compatriota, al poner en la lista de los desterrados el nombre de Waninkoff? ¿La conmutación de penas no es una noticia falsa difundida para que la ejecución cause una impresión menos honda á los habitantes de la capital? ¿Sufrirá mañana San Petersburgo un desengaño al ver treinta y seis cadáveres en vez de cinco?

Como todos los desventurados, Luisa era ingeniosa en el arte de afligirse á sí misma; sin embargo logré tranquilizarla. Yo había sabido de buena fuente que cuanto decía la gaceta oficial era certísimo, y aun me afirmaron que el interés que Luisa despertara en el emperador y en la emperatriz el día en que en la Perspectiva y de hinojos les entregó su memorial, no había sido extraño á la conmutación de la pena del conde.

Por un instante me separé de Luisa, que me exigió la promesa de que no tardaría en volver para ir los dos á dar una vuelta por los alrededores de la ciudadela con objeto de ver si se hacían en ella algunos preparativos mortuorios que anunciasen el terrible drama de que iba á ser teatro aquel sitio. En verdad, sólo ví salir de la fortaleza á los escribanos, que acababan de leer á los acusados sus respectivas sentencias; pero lo que ví fué bastante á desvanecer toda

duda; los reos tenían que ser ejecutados á la mañana siguiente.

Al punto enviamos á Gregorio á Moscou con una nueva carta de Luisa para la madre de Waninkoff, lo que no era anticiparnos doce horas á la noticia, sino veinticuatro.

A media noche Luisa me pidió que la acompañase hasta la ciudadela; y es que no pudiendo ver á Waninkoff, en el instante en que iba á separarse de él quería ver á lo menos los muros que lo encerraban.

El puente de la Trinidad estaba custodiado y los guardas no permitían transitar por él á persona alguna; lo cual era una prueba más de que no habían sufrido la más mínima alteración las disposiciones de la justicia. Entonces y desde la orilla acá del Neva miramos la ciudadela, que durante aquella hermosa noche del norte se ofreció á nuestros ojos con tanta claridad como en uno de nuestros crepúsculos occidentales, y poco después vimos errar luces por la plataforma y pasar algunos bultos con fardos de extrañas formas: eran los verdugos que levantaban el patíbulo.

Luisa y yo éramos los únicos que estábamos parados en el malecón; no había quien sospechase, á lo menos en la apariencia, lo que se estaba preparando. Sólo de vez en cuando pasaba con rapidez algún coche rezagado, con sus dos linternas brillantes como ojos de dragón. Por el Neva se deslizaban algunas barcas que poco á poco desaparecían en los canales ó en los brazos del río, unas ruidosas, las otras en silencio. Sólo una permaneció inmóvil y como anclada, sin que de ella partiese rumor alguno alegre ó quejumbroso. Quizás iba en ella alguna madre ó esposa que, como nosotros, esperaba.

A las dos de la madrugada una patrulla nos intimó el orden de retirarnos, como en efecto lo hicimos.

El tiempo que de esperarnos quedaba no era largo, pues, como he dicho, los reos tenían que ser ejecuta-

dos á las cuatro. Me quedé pues hora y media más en compañía de Luisa, y luego me salí.

Excepto algunos mujicks que al parecer ignoraban de todo en todo lo que iba á pasar, las calles de San Petersburgo estaban completamente desiertas. Apenas empezaba á teñir el horizonte oriental una tenue luz, y del río se elevaba una ligera niebla que cual blanco cendal se interponía entre ambas márgenes de la corriente.

Al llegar á la esquina de la embajada de Francia, vi como el mariscal Marmont y todo el personal que lo acompañara á Rusia entraban en ella y poco después se asomaban al balcón.

Como yo, algunas personas se habían detenido en el malecón, no porque supiesen lo que se preparaba, sino por estar el puente de la Trinidad ocupado militarmente é impedirles esto trasladarse á las islas adonde las llamaban sus quehaceres. Inquietas é irresolutas, hablaban entre sí en voz baja, pues ignoraban si era peligroso para ellas permanecer en aquel sitio. Respecto de mí, estaba firmemente resuelto á no moverme de allí sino á viva fuerza.

Faltaban pocos minutos para las cuatro cuando una gran fogata solicitó mi atención hacia un punto de la ciudadela. Al mismo tiempo, y cuando la niebla empezaba á disiparse, vi resaltar sobre el cielo la negra figura de cinco horcas colocadas sobre un tablado cuyo piso, labrado al modo inglés, se abría por medio de una trampa bajo los pies de los reos.

A las cuatro vimos subir á la plataforma de la ciudadela y alinearse en torno del patíbulo á los condenados á destierro, los cuales vestían uniforme de gala, con sus charreteras y condecoraciones, pero sin espadas, que eran llevadas por algunos soldados. En vano me esforcé en conocer á Waninkoff entre aquellos desventurados; era demasiada larga la distancia que de ellos me separaba para que mis ojos pudiesen distinguir las fisonomías.

En esto se acercó un hombre á los reos y les dirigió la palabra, á la que respondió casi al punto un fuerte hurra, cuya causa no pudimos averiguar desde luego. Después dijéronnos, sin que yo responda de la veracidad del hecho, que aquel hombre había propuesto conceder la vida á los reos si consentían en solicitar su perdón; pero que ellos habían respondido á tal propuesta con los gritos de «¡Viva Rusia! ¡viva la libertad!» gritos que fueron sofocados por los hurras de los presentes al acto.

El hombre se alejó de los reos al tiempo que á ellos se acercaron los verdugos, que les echaron sendas sogas en torno del cuello y les bajaron hasta las cejas los capuchones.

En esto sonaron las cuatro y cuarto; y aun vibraba la campana, cuando el piso se abrió bajo los pies de los reos y á una se promovió un grande alboroto. Algunos soldados se abalanzaron al patíbulo, y por el aire pasó algo que nos hizo estremecer. Hasta nosotros llegaron algunos gritos incoherentes, y en mi ignorancia de lo que sucedido había dime á entender que acababa de estallar un motín. Pero no, era que se habían roto dos sogas, y los reos á quienes estaban destinadas á ahogar, faltos de sostén, caídos al fondo del patíbulo, fracturándose el uno un muslo y el otro un brazo. De ahí la conmoción y el alboroto. En cuanto á los demás, iban gradualmente acabándose.

Los verdugos bajaron por medio de escalas de mano al interior del patíbulo y subieron á los reos á la plataforma, donde los acostaron, pues no podían sostenerse en pie.

—Mira, dijo entonces uno de ellos volviéndose hacia el otro, mira para qué sirve un pueblo esclavo, ni siquiera sabe ahorcar á un hombre.

Mientras subían á los reos, prepararon sogas nuevas, de modo que los infelices hubieron de esperar largo tiempo. El verdugo se acercó otra vez á los dos reos,

los cuales, ayudándose á sí mismos cuanto pudieron, se adelantaron al encuentro del mortífero lazo, y ya con éste en torno del cuello, gritaron por última vez con voz potente: «¡Viva Rusia! ¡viva la libertad! ¡vengan nuestros vengadores!» Grito fúnebre que murió sin eco, pues no encontró simpatía alguna. Los que lo lanzaran habían juzgado malamente su tiempo, equivocándose de un siglo.

Cuando hicieron sabedor á Nicolás de lo que ocurrido había, exclamó: «¿Por qué no han venido á comunicármelo? Ahora van á decir que soy más severo que Dios.»

Pero nadie había osado tomar sobre sí la responsabilidad de suspender la ejecución, y cinco minutos después de haber lanzado su postrer grito, los dos reos estaban reunidos en la muerte á sus tres compañeros.

Llegada su vez á los desterrados, leyéronles en alta voz la sentencia por la cual se les quitaban grados, condecoraciones, bienes y familias; luego se acercaron á ellos los verdugos y les arrancaron charreteras y cruces, que arrojaron al fuego gritando: «¡Ahí las charreteras de un traidor! ¡ahí las cruces de un traidor!» Por último quitaron de las manos de los soldados que las llevaban las espadas de cada uno, cogieronlas por la empuñadura y por la punta, y las rompieron encima de las cabezas de sus respectivos dueños, diciendo: «¡Ahí la espada de un traidor!»

Terminado el acto, cogieron al acaso en un montón de capotes de tela parduzca parecidos á los que usa el pueblo, y cubrieron con ellos á los desterrados después de haberlos despojado de su uniforme; luego los hicieron bajar por una escalera, y nuevamente llevaron á cada cual á su calabozo.

En la plataforma no quedó más que una centinela, el patíbulo, las cinco horcas y, colgados de ellas, los cadáveres de los cinco ajusticiados.

Al entrar de nuevo en casa de Luisa, la encontré arrodillada, hecha un mar de lágrimas y orando.

—¿Y bien? me preguntó la desdichada al verme.— Los condenados á muerte ya no existen, respondí; los demás viven y vivirán.

Luisa terminó su oración mirando al cielo con expresión de infinita gratitud. Luego me preguntó:—¿Cuánto hay de aquí á Tobolsk?—Unas ochocientas leguas, respondí.—Está menos distante que no supuse; gracias.—¿Por qué me hace V. tal pregunta? dije tras haber mirado por breve espacio y en silencio á mi paisana, de quien empecé á calar la intención.—¡Qué! ¿V. no lo adivina? profirió Luisa.—¿Pero no ve V. que en las circunstancias presentes es imposible? exclamé. Piense V. en el estado en que se encuentra.—¡Oh! nada tema V., amigo mío, sé lo que una madre debe á su hijo y al padre de su hijo: esperaré.

Inclinéme ante aquella mujer, y le besé la mano con tanto respeto como si hubiese sido una reina.

Por la noche partieron los desterrados, y desapareció el patíbulo. Al amanecer no quedaba huella alguna del horrendo drama que hemos descrito, y los indiferentes pudieron darse á entender que cuanto vieran lo habían soñado.

## XVIII

No sin razón la madre y los hermanos de Waninkoff habían deseado conocer anticipadamente el día de la ejecución; los condenados, al dirigirse de San Petersburgo á Tobolsk tenían que pasar por Iroslaw, situada á unas sesenta leguas de Moscou, y la madre y las dos hermanas de Alejo esperaban ver á su paso á su hijo y hermano respectivo.

Ahora, como la vez precedente, Gregorio fué recibido con solicitud por las tres mujeres, que hacía más de dos semanas tenían sus pasaportes y estaban pron-

tas á ponerse en camino. Así es que sin detenerse más que el tiempo estrictamente necesario para dar las gracias á la que tan preciosa nueva las enviaba, se subieron á una kabilka, y, sin que nadie supiese adónde iban, partieron para Iroslaw.

En Rusia se viaja aprisa; la madre y las dos hijas, que partieron de Moscou por la mañana, llegaron por la noche á Iroslaw, donde con honda alegría supieron que aun no habían pasado los trineos de los desterrados.

Como la estancia de las tres en aquella ciudad podía despertar sospechas, y por otra parte era probable que cuanto más se exhibirían más inflexibles se mostrarían los guardas, la condesa y sus hijas se encaminaron hacia Mologa y se detuvieron en un villorrio, á tres leguas del cual había una cabaña donde los trineos de los desterrados tenían que relevar los tiros, pues los oficiales y sargentos que custodian á los penados suelen recibir la orden terminante de no efectuarlo nunca en ciudad ó pueblo.

Ya en el villorrio, las tres mujeres hicieron que de trecho en trecho se colocasen servidores inteligentes y activos para que les advirtiesen la llegada de los trineos.

A los dos días uno de los agentes de la condesa corrió á escape adonde ésta para decirle que la primera sección de penados, compuesta de cinco trineos, acababa de llegar á la cabaña, y que el alférez que la mandaba había enviado á los dos individuos que componían su escolta á buscar caballos al villorrio. La condesa se subió inmediatamente á su coche, y al galope de sus caballos se encaminó á la cabaña, al llegar frente á la cual se detuvo. Entonces y desde la carretera miró al través de la entrecabierta puerta. Waninkoff no formaba parte de la primera sección.

Un cuarto de hora después llegaron los caballos, y los penados se subieron nuevamente á sus trineos, que al punto anudaron el camino á escape.